de Julio". Con el descoco sui generis, el stalinismo ha inventado a placer lo que le conviene. Por eso no invita a sus lectores, como lo hacemos insistentemente nosotros, a comparar "España Popular" con "19 de Julio".

Lo mismo puede decirse del comentario pérfido a nuestra nota sobre la recaptura de Rostov. Escribir que fué una insurrección del pueblo quién venció a von Kleist, como informaron las agencias noticiosas, le parece al stalinismo una forma de combinar nuestra propaganda con la de los nazis. En otros, términos, asegurar que el pueblo soviético está decidido a defender por todos los medios la revolución de Octubre, pese al dogal burocrático que amenaza estrangularle, es propaganda nazi, actuación de espía. Prueba excelente de que la burocracia experimenta un temor completamente reaccionario ante el instinto revolucionario de las masas soviéticas. Como los gobernadores españoles, lo hemos dicho. Contra el fascismo, sí, pero sólo en cuanto éste amenaza sus privilegios económicos. Si las masas perfilan su propia amenaza revolucionaria, el burócrata mira con temor a la izquierda, se vuelve conciliante para con los fascistas, trata de aplacarlos y dominar primero a las masas; como los gobernadores españoles.

No está completamente excluido que Stalin pacte de nuevo con Hitler, sobre todo si el proletariado soviético empieza a erguirse reclamando seriamente sus derechos revolucionarios. Por fortuna la burocracia sabe que Hitler no puede pactar con ella sino temporalmente, para atacar después a la U.R.S.S., con mayor preparación. Confiamos en que este factor la obligará a llevar adelante la guerra. Las necesidades de la defensa la forzarán a hacer concesiones a las masas. Ya se notan algunos síntomas, pese al rigor brutal de la censura. Millones de hombres nuevos están siéndo incorporados a la oficialidad del ejército, a los puestos locales dirigentes en los sindicatos, las fábricas, los koljoses, las cooperativas, etc. Son hombres sanos, de recias creencias socialistas, a quienes la guerra llenará de confianza en sí mismos. Tolerarán cada vez menos la corrupción, el despilfarro y la tiranía de la burocracia. A la primera ocasión se lanzarán a la reconstitución de los soviets, lo que teme la burocracia sobre todas las cosas.

El movimiento de las masas puede nacer en la Unión Soviética y extenderse al resto de Europa, o a la inversa. Será de todas maneras una hoguera revolucionaria que abarcará todo el viejo continente. De ahí que el stalinismo, adelantándose a los acontecimientos, tenga prisa en eliminar físicamente a los revolucionarios, antes de que las masas puedan acudir en su defensa. Recuérdese como en vísperas del movimiento de Julio, en España, la prensa jesuita y falangista, incitaba al Gobierno al asesinato de los dirigentes obreros. "Hay que inspirarse de Alemania —venía a decir el "A.B.C."—, donde el gobierno social-demócrata de Noske decapitó la revolución asesinando a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht". No sabían por entonces los reaccionarios que el papel de Noske le estaba reservado al gobierno stalinista de Negrín. Ahora el stalinismo aspira a jugar el mismo papel en el mundo entero. Si algo tiene aún que hacer sobre la corteza de la tierra, es eso, yugular los futuros movimientos revolucionarios, en las personas de sus posibles dirigentes. Trabaja directamente por cuenta de la reacción burguesa y directa o indirectamente protegido por ella. En las filas de la Komintern stalinizada, más copiosamente aún que en las de la social-democracia, pululan los Noske y los Negrín futuros en espera de empleo. Las calumnias de que nos hacen objeto son la labor preparatoria de su trabajo. En el fondo sólo podemos sentirnos satisfechos de que traten de salpicarnos con su ponzoña gepeista. Si les oyéramos decir algo bueno de nosotros, tendríamos inmediatamente que preguntarnos como Bebel: ¿"Viejo Bebel, que estupidez has hecho para que el enemigo te alabe?".

Cuentan para su faena de traición con el dinero abundante de la G.P.U., la colaboración mercenaria de escritorzuelos sin dignidad, y la tolerancia y aplauso de la reacción. Como todo lo que carece de principios, el stalinismo cree que el poder de propaganda lo puede todo. Pero nosotros contamos con factores mucho más poderosos que el dinero, los artículos o libros escritos a jornal, y el inmenso aparato represivo de la burguesía. Contamos con las necesidades históricas que encarnarán en los futuros movimientos revolucionarios. Es un futuro no muy distante ya; la guerra lo aproxima. Por toda Europa muge la revuelta en gestación. En grado mayor o menor se sumarán a ella tanto los pueblos vencidos como los vencedores. La bursía solo puede ofrecerles represión, y si vence a las masas, un régimen de esclavitud económica y política semejante al de Hitler. El stalinismo no tiene tampoco nada que ofrecer. Enterrado en la escoria de su degeneración, carece de alternativa. Su única posibilidad futura de actuación es como cancerbero de los explotadores, para reprimir la revuelta revolucionaria de las masas. La social-democracia seguirá de cerca o de lejos, según los momentos, al stalinismo. Solo la IV Internacional guiará hacia adelante, alineándose junto a los insurrectos, por la revolución socialista. Asesinato de trotskista más o menos, la G. P. U., no podrá detener este movimiento. Entonces el stalinismo aparecerá codo con codo junto a la reacción y el trotskismo junto a la revolución. ¡Siga pues vuestra campaña, laya gangrenosa de sub-hombres! Vuestra infamia superará a la de todos los traidores.

COLABORACIONES PARALELAS CON EL STALINISMO.

NO podemos pasar en silencio la denuncia que un reducidísimo número de diputados mexicanos presentó a la Secretaría de Gobernación, pretendiendo hacer pasar por quintacolumnistas a Serge, Pivert, Gorkin, Munis y "19 de Julio" mismo. Esta acusación pretendía ser el punto fuerte de la campaña gepeista. "Los diputados mexicanos denuncian y persiguen a los espías trotskistas" — habría informado, con la desfachatez que la caracteriza, la prensa stalinista de todo el mundo. Y los obreros mal documentados de la Argentina, Canadá o China, hubieran podido creer que se trataba realmente de los diputados mexicanos, y no de cinco o seis diputados estrechamente ligados al stalinismo.

Sabemos de antemano que los señores referidos protestarán de esta aseveración, aduciendo no ser miembros del partido comunista. No; no lo son, por razones fácilmente comprensibles. Hasta julio de 1941 el stalinismo estaba a partir un piñón con Hitler. Declaraba la guerra imperialista, pero solo del lado de las democracias, no del de Alemania. Si los señores diputados estuvieran en el partido comunista, no serían señores diputados. Pero aunque no sean miembros del